

UNA LUZ MARINERA EN BETANCURIA

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Quando el "Fuerteventura" se nos fue para siempre y dejó a las islas huérfanas de su estampa marinera, un vacío apreciable quedó en este Atlántico canario. Fueron 56 los años que su proa aró la mar mientras, con espumas alborotadas, la estela ponía su blanco, efímero trozo, sobre las huertas azules del océano.

Entonces, con ocasión de aquellas sus últimas singladuras, cantamos las glorias y la historia del pequeño "correillo" que para siempre se nos iba de estas aguas. Y se llevaba consigo, en letras de bronce que dormían a la sombra de la bovedilla, el nombre de la isla Maxorata, la más triste y hermosa del Archipiélago.

Y fue allí, en aquel tranquilo Puerto del Rosario—blanco y tendido en la playa como un vuelo de gaviotas—donde un hombre puso por obra la idea, un tanto utópica, que apuntábamos en aquella pequeña crónica.

Y Juan José Felipe Lima, y con él el presidente y pleno del Cabildo Insular de Fuerteventura, han logrado para su isla un recuerdo simbólico del viejo "correillo" que, entre las luminarias verbeneras del oxiacetileno, termina sus días de mar lejos de la tierra donde tanto navegó.

El presidente del Cabildo Insular de Fuerteventura envía carta de agradecimiento a este periódico que, en sus páginas, dio cabida a aquella mi pequeña crónica en solicitud de un recuerdo simbólico para la isla cuyo nombre llevaba el ya casi desaparecido "correillo". Y con ella la siguiente que, con todo gusto, reproduzco a continuación textualmente:

"Sr. presidente del Cabildo Insular de Fuerteventura (Canarias). Muy señor mío: Respondiendo a su atenta comunicación del 19 de febrero pasado, se ha dado orden a nuestra Inspección de Barcelona para que remitan a ese Cabildo un farol de tope del buque "Fuerteventura", que como recuerdo envía esta Compañía Trasmediterránea a ese Cabildo Insular, habiéndome sido muy grato el poderle complacer en sus deseos. Reciba un saludo y la consideración de suyo affmo. Firmado: José Gutiérrez de Alamo, Director general de la Compañía Trasmediterránea. Madrid".

Y así la isla hermana cuenta ya, para su exposición permanente en el Museo Insular de la villa de Betancuria, con el símbolo de aquel barco que, nacido en Middlesbrough—en la desembocadura del Tee—pasó su vida marinera bajo el nombre de la isla del diario milagro del vivir.

Ya tiene Fuerteventura un símbolo. Ya la isla cuenta con una luz de tope que alumbre este su nuevo despertar que, a todos los ámbitos, se anuncia espectacular.

Y es que la isla siempre ha soñado y esperado. Las olas—ensueños del océano las llamó Unamuno—rezan oración lenta en las playas desiertas. La isla sueña y espera. No hay en esta su actitud un fatalismo desesperado. Sí una ciega confianza en la capacidad de sus hombres.

Resucitar la isla es obra de años y labor de titanes, pues—y volvemos a Unamuno—en ella éste comprendió que el porvenir es la espera tupida de ansias.

En los años idos la isla Maxorata no perdió la vida, pero el idioma del agua fue enterrado y las claves se perdieron. A la tierra sin flores, a la de ásperas piedras dilatadas, espera el canto nocturno mezclado de lluvia y follaje. Ruinas de rocas que fueron se aizan vigilantes, descarnada por la sed eterna, y miran los campos vestidos con el pobre sayal de la aulaga de estirpe morisca. Hay resplandores negros enquistados en la tormenta inmóvil de la tierra y parece escucharse el sonido quebradizo de los campos que agonizan con seco, ahogado crujido.

La isla del diario milagro del vivir. La isla que sueña y espera. La isla de la dulce raza majorera, hija del duro mediodía del mundo estéril—estirpe del mar seco de sus tierras y del salado que muerde entrañas de piedra—recuerda, día a día, el milagro de su isla espléndida y sufrida.

Y en Betancuria, en el centenario convento franciscano donde fue guardián San Diego de Alcalá, una luz del viejo "correillo" se convierte en símbolo de la isla, que despierta, de la isla que, hasta hoy, ha recogido con amor y cariño todo el silencio perdido en el tiempo.